

Nosferatu. Revista de cine (Donostia Kultura)

Título:
Hasta nunca, hasta siempre

Autor/es:
Boyero, Carlos

Citar como:
Boyero, C. (1998). Hasta nunca, hasta siempre. Nosferatu. Revista de cine.
(28):80-81.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41106>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



donostiakultura.com

Hasta nunca, hasta siempre, Pilar

Carlos Boyero

Muchas de las personas que trabajaron a tus órdenes, incluso las que te querían, aseguran que eras frecuentemente insoportable, que te salía una ancestral y genética vena militar, una mala hostia notable. Podías ser arisca, seca, caprichosa e implacable, imprevisible en tus cambios de humor, ácida, vocacionalmente antipática, testaruda hasta la exasperación. Sentías prevención y malestar con la mayoría de las mujeres, pero resplandecías cuando estabas rodeada de machos. Tenías pinta de andrógina, pero siempre tuviste clara tu sexualidad y la satisfaciste, seduciste fugaz o duraderamente a una lista exhaustiva de hombres, te enamoraste (pocas veces) y te amaron. Estabas llena de heridas y de cicatrices internas y externas, y sospecho que muchas de ellas volvían a abrirse y a sangrar, pero nunca fuiste una llorona, aunque te sobrara ternura para secar las lágrimas ajenas.

En un universo ferozmente masculino, condenada a la sumisión y a la pasividad, demostraste con tu rebeldía, tu talento, tu coraje, tu sensibilidad, tu valentía y tus ovarios que una mujer podía tomar la responsabilidad de la jerarquía absoluta. Te gustaba el Poder, lo tuviste y lo utilizaste, cometiste errores, conociste la mierda que implica, malviviste su pérdida, sufriste la traición de los fascinantes, poderosos y falsos amigos, los que permitieron que te acorralaran, calumniaran y humillaran,

que tu hijo tuviera que escuchar "tu madre es una ladrona". Pagaste un precio muy alto por tu independencia, tu impertinencia, tu orgullo, tu arrogancia, tu sinceridad suicida. Supongo que desde la tumba o desde la nada vas a soltar una carcajada sardónica al observar tu previsible santificación, los halagos y la aparente pena de tanto enemigo que intentó putearte en vida. Sobreviviste durante muchos años con el aliento del monstruo en el cogote, huyendo hacia delante, intentando espantar tu irremediable soledad con el trabajo, desmoronándote y resucitando. Amabas a tu hijo, tu mayor atadura en la tierra. Siempre fuiste amiga de tus amigos.

No me gustaba la mayoría de tu cine, aunque nos pasáramos horas hablando del que amábamos ambos. También de la vida, el recuerdo, la enfermedad y la muerte, del amor y del desamor ("y esta vez ¿cuánto durará?", nos preguntábamos mutuamente), nos reíamos mucho. Descubrí al ser humano y lo amé cuando sufrió el derrumbe, cuando ya no eras jefa de nada, cuando estabas sola ante todos los peligros. Nunca volverás a pasar esa anhelada y ritual semana en Cannes. Voy a echarte de menos, cabrona. Tus llamadas y las mías en horas pálidas de la noche, en contestadores automáticos que nos regalaban vida. Te recordaré. Te quería. Te quiero.

(Publicado en *El Mundo* el 20 de octubre de 1997)

Adivinada

Con un corazón de viejo hierro nos querías, con un corazón de hierro viejo nos detestabas, con un corazón de hierro viejo y unos pelos de chico y una cara enfadada nos saludabas o no nos saludabas, como directora general de la muerte o directora general de televisión. Con toda la metalería sentimental de tu corazón sencillo, provinciano, complicado, político y poético, Pilar.

Te lo dije una vez:

- "Me podías haber dicho que estabas enferma, Pilar".

- "Yo es que necesito que me adivinen".

Adivinada Pilar, cómo te adiviné luego. Cabeza de chico, mano de niña ladrona, novia de Summers, beata de Gary Cooper, y un amigo mío que te iba a por los yogures. "Es que Pilar está mala y le he bajado por unos yogures". Otro que estaba enamorado de ti o desdénado por ti, chica mala de las noches de Oliver, mirabas a los hombres, amazona de la progresía de los sesenta, como a pobres delincuentes castrados con quienes se desea dormir. **El crimen de Cuenca**, toda España era un crimen de Cuenca, acudimos al estreno, en Fuencarral, y volaban las hostias y los grises porque el viejo romance negro y español, que tú tallaste en cine sabiamente, estaba lleno de pobres sangrientos, enverdecido de guardias civiles.

De **El crimen de Cuenca** a la boda de la infanta, del hijo/protesta a la boda de la otra infanta, generación entregada, como todas, adivinada Pilar, cómo te adivino ahora, cómo me suena aquella ferralla de tu corazón absurdo, aquel talento tuyo de mala ortografía, aquel flequillo que te soplabas para arriba como sólo se lo soplan las adolescentes.

Adivinada Pilar, "a mí me gusta que me adivinen", cómo te adivinaba en tus cargos y menesteres, Festival de San Sebastián, "¿y tú, Umbral, por qué no